

EL DIOS CAUTIVO. LAS LIGAS PATRIÓTICAS EN LA CHILENIZACIÓN COMPULSIVA DE TARAPACÁ (1910-1922)

González Miranda, Sergio. 2004. Santiago: LOM Ediciones.



Joseph Dager Alva. jdager@pucp.edu.pe

Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú

La historia ha sido conocida desde sus inicios como la disciplina guardiana de la memoria de los pueblos. Por eso mismo, es también la responsable de algunos “olvidos”. El tema que trata el libro de Sergio González Miranda es un claro ejemplo de cómo a veces las naciones prefieren no recordar hechos dolorosos. Esta sola consideración hace verdaderamente meritorio el trabajo del profesor González, quien ha logrado desenterrar la oscura labor que desempeñaron las Ligas Patrióticas en el largo intento de “desperuanizar” la Provincia de Tarapacá, entre los años 1910 y 1922. No es que hayamos ignorado los hechos de violencia que padecieron nuestros compatriotas, pero, gracias a esta investigación, los vemos ahora probados con fehacientes documentos. Pero, y esto quisiera subrayarlo, para el pueblo chileno los acontecimientos aquí descritos son prácticamente desconocidos. Sacarlos a la luz, revela una actitud valiente y comprometida con la verdad, que no es extraña a la producción historiográfica del profesor González y que quiero saludar y felicitar.

Ciertamente que mi acuerdo con lo expuesto en el texto no es unánime. De hecho, la riqueza del trabajo intelectual estriba en que nos ofrece la fabulosa posibilidad de intercambiar ideas y opiniones, a veces discrepantes, y reconocer méritos, aunque tengamos diferencias. Me resulta muy difícil suscribir afirmaciones en torno a que el aparato estatal peruano (o el Presidente Leguía) fomentase el “odio” hacia Chile con fines exclusivamente electoreros. Tal vez algo de eso hubo, pero lo que indudablemente existía, y explica algunos excesos oratorios o demagógicos, eran provincias cautivas en las cuales, como el mismo González muestra ahora y Raúl Palacios mostró hace ya varios años, se organizaban maltratos sistemáticos a las comunidades de origen peruano allí asentadas. Sin embargo, no quiero dedicar estas breves líneas a señalar lo que me aleja de la interpretación del autor, sino lo que me ha aportado su, sin duda, interesante lectura.

En primer lugar, el rigor de la investigación. Como decía al inicio, este texto nos prueba, con el uso de fuentes primarias, la existencia de las Ligas Patrióticas, su evolución y su decadencia. Testimonios de historia oral se combinan con documentación diplomática

peruana, boliviana, chilena, británica; con correspondencia oficial e íntima, con artículos de periódicos, editoriales de revistas, etc., que logran retratar los hechos de matonaje que vivió la región en el período ya mencionado. Han sido 40.000 o 18.000, o una cifra intermedia, fueron miles y miles los refugiados, los expulsados, las víctimas. En 1910 se inician estos tristes acontecimientos y tal vez sean los años 1911, 1918 y 1919 los que se tratan con mayor fundamento. En el libro están presentes las expulsiones de los sacerdotes, los saqueos de empresas y casas particulares, el apedreamiento, la violencia psicológica, la intimidación constante. En fin, la violencia xenófoba no es más un decir, un conocimiento de oídas, sino aparece como una verdad histórica, gracias a una investigación hecha con coraje. Hoy que hermenéuticamente sabemos que el método por sí solo no nos acerca a la Verdad con mayúscula, podemos sin embargo, gracias a investigaciones como ésta, reafirmarnos en el convencimiento de que la aspiración de verdad, aunque sea de un conjunto de pocas verdades con minúscula, es inseparable del quehacer intelectual y no sólo un juego del lenguaje. En historia, verdad, criterio de corrección y método conforman una tríada estrechamente unida.

En segundo lugar, el texto nos pone frente de las terribles consecuencias que puede acarrear un nacionalismo mal entendido. Tal vez, hubiese sido conveniente una reflexión mayor sobre el tipo de nacionalismo que surgió en Chile en el siglo XIX. Ya Mario Góngora ponía en evidencia cómo la nacionalidad chilena se forma muy asociada al tema no sólo militar, sino específicamente bélico. También hubiese sido enriquecedor conocer las apreciaciones del autor sobre los recientes trabajos de Carmen Mc Evoy acerca del surgimiento del nacionalismo en Chile y cómo el Ejército chileno calza muy bien con la figura del “guerrero civilizador”.

En tercer lugar, el texto que comentamos es un ejemplo más de cómo en el Chile de hoy existe un importante movimiento revisionista respecto de una serie de cuestiones que en algún momento la historiografía oficial asentó como la versión aceptable. Quiero referirme, por ejemplo, a la interpretación sobre el papel del Estado en el Chile decimonónico. Tal vez la mejor expresión de la historiografía oficial sea Alberto Edwards y *La fronda aristocrática*. Según Edwards, las medidas aplicadas por el ministro Diego Portales no sólo ordenaron la sociedad sino que además crearon un sistema, un régimen eficiente y exitoso que no se limitó al tiempo vital del ministro sino que logró sobrevivirle varias décadas más, al menos hasta 1891. Ése fue el régimen portaliano, en el cual Chile habría sido gobernado por “*un poder fuerte y duradero, superior al prestigio de un caudillo o a la fuerza de una facción: el sentimiento era el respeto tradicional por la autoridad en abstracto, por el poder legítimamente establecido con independencia de quienes lo ejercían*”¹. Ese poder era “impersonal”, manifestación del Estado “en forma”, término que Edwards

¹ Edwards, Alberto. 1976. *La fronda aristocrática. Historia política de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, p. 51.

toma de Oswald Spengler,² y que utiliza incluso nuestro Jorge Basadre para describir la situación política del Chile del siglo XIX³.

La versión historiográfica conservadora o tradicional sobre la historia política del Chile en el siglo XIX, insiste en que “el Estado en forma” habría sido su característica más propia y resaltante. Dicho tipo de Estado describe un Estado fuerte, pero institucional. Ello sumado a la interiorización hacia el respeto a la ley, que se habría efectuado en la sociedad civil, explicarían la estabilidad chilena del siglo XIX. Una cita de Edwards permitirá hacer más evidente su pensamiento y la llamada interpretación conservadora del pasado chileno.

“Porque la verdad de las cosas es que hemos constituido una excepción interesante entre las naciones hispanoamericanas: el caso nuestro es digno de estudiarse. Por noventa años existió aquí la continuidad en el orden jurídico y una verdadera tradición política, cuyos cambios o mejor dicho evoluciones, se produjeron en forma gradual, pacífica, lógica, y presentan, por tanto, un carácter mucho más europeo que hispanoamericano”⁴.

Es esta interpretación la que se empieza a cuestionar en Chile, al menos desde la década de los 80, y en este fructífero cuestionamiento historiográfico, hay que ubicar el libro de Sergio González. Uno de los pioneros en el esfuerzo revisionista ha sido don Sergio Villalobos, quien se ha esforzado por empequeñecer la figura, pública y privada, de Diego Portales. Ahora bien, para entender en su correcto alcance el planteamiento de Villalobos es menester agregar que lo realmente negado por él es la etiqueta “régimen portaliano”. Villalobos presenta a un Portales que no tiene el más mínimo respeto ni por la ley, ni por la constitución, ni por la institucionalidad. Por lo tanto, concluye que no puede ser el creador de un “sistema”. No existió un “régimen portaliano” dado que Portales no creó instituciones ni cimentó la estabilidad. Pero lo que Villalobos no cuestiona es el contenido de la etiqueta, es decir, él admite que la historia del Chile decimonónico sí presentó en efecto una continuidad estable e institucional que convertía al país en una república modelo en Latinoamérica. Para Villalobos, no existió un régimen portaliano pues habría sido la libertad, y no la represión, el fundamento del respeto institucionalizado que caracterizó el siglo XIX chileno. Aunque Portales nunca habría creado un régimen, Villalobos está convencido de que Chile sí tuvo como norte la institucionalidad y la libertad. En un párrafo que con gusto hubiese suscrito algún seguidor de Hegel, Villalobos bosquejó los diversos logros alcanzados por la marcha ascendente de tal valor:

² Gazmuri, Cristián. 2000. “Historiografía conservadora chilena. La influencia de Oswald Spengler”. *El Mercurio*, Noviembre 12.

³ En estricto. Basadre habla de una “clase dirigente en forma”. Basadre, Jorge. 1983. *Historia de la República del Perú (1822-1933)*. Tomo VI. Lima: Editorial Universitaria, p. 45.

⁴ Edwards, Alberto. Op cit, p. 12.

“Desde el momento en que don José Joaquín Pérez asumió la presidencia en 1861, desaparecieron los estados de sitio y las facultades extraordinarias. Nada perturbó el orden, la Constitución y las leyes no fueron conculcadas, no hubo persecuciones ni destierros, tampoco intentos sediciosos y las instituciones funcionaron adecuadamente. En suma, no fue la política restrictiva la creadora del Estado de derecho ni de la institucionalidad, sino que éstos fueron frutos de la libertad”⁵.

En 1990, Gabriel Salazar en su texto *Violencia popular en las grandes alamedas*, desde una perspectiva más radical, puso en duda la supuesta estabilidad chilena en el XIX, pues debajo de ella, y a modo de infraestructura, existiría una inestabilidad substancial: la historia de Chile habría sido una sucesión de “*episodios de estabilidad equilibrándose sobre una tensa inestabilidad de largo plazo*”⁶. Pero, no negó el papel del Estado ni su presencia e influjo. Es decir, para Salazar la supuesta total estabilidad y absoluta institucionalidad del Chile decimonónico es un mito, pero el Estado sí cumplió un evidente papel, muchas veces represor.

Finalmente, en 1996, Alfredo Jocelyn-Holt comienza a cerrar el revisionismo historiográfico al que hemos hecho mención, pues fue tal vez el primero que dudó de la eficacia del Estado. Para él, el Estado no fue el articulador del orden social en el siglo XIX, sino el “peso de la noche”, es decir la inercia y la quietud de la masa⁷. De tal manera que el eje que articula el poder y el orden no proviene del ámbito político, sino que proviene del ámbito social, del peculiar vínculo desarrollado entre la élite y la masa⁸. El orden entonces no provendría de una política institucionalizada, sino de una relación pragmática.

No resulta fácil extraer conclusiones, pero lo primero que hay que decir es que quizás Jocelyn-Holt se ha excedido al negar tan radicalmente la injerencia del aparato estatal. Pero, indudablemente, parece quedar claro que la tan mencionada institucionalidad chilena del siglo XIX no se dio tal como la había mostrado su historiografía tradicional, y que la estabilidad debió mucho a las redes sociales que se conformaron. Sin embargo, lo que no parece posible es negar la presencia de un Estado fuerte y en vías de consolidación en el siglo XIX. En efecto, Eduardo Devés, quien investigó la matanza de la Escuela de Santa María; Julio Pinto y Sergio González, que han analizado las condiciones de trabajo en las salitreras; y Sergio Grez, estudioso del movimiento obrero nos muestran cómo hay un Estado más o menos sólido, y que reprime con métodos que no son un ejemplo de

⁵ Villalobos, Sergio. 1989. *Portales. una falsificación histórica*. Santiago: Editorial Universitaria. p. 225-226.

⁶ Salazar, Gabriel. 1990. *Violencia popular en las grandes alamedas*. Santiago: LOM, p. 73. Es curioso que el mismo Salazar se encuentre tan influido por el concepto de “régimen portaliano” que divide la historia contemporánea de Chile en tres etapas: a) el autoritarismo portaliano, 1830-1891, b) el parlamentarismo post-portaliano, 1981-1925 y c) la democracia neo-portaliana, 1925-1973.

⁷ Jocelyn-Holt, Alfredo. 1999. *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago: Planeta/Ariel, p. 27.

⁸ *Ibidem*: 161-166.

institucionalidad. El orden y la estabilidad, en el Chile decimonónico, no fueron inmaculados; la población también protestó; hubo diversos alzamientos y asesinatos, como, por ejemplo, precisamente el del ministro Portales. Tal vez, entonces, la complacencia del intendente Amengual para con los hechos de violencia de las Ligas Patrióticas, que Sergio González nos señala en *El dios cautivo*, nos hable –precisamente– de la actitud de un Estado no convencido de las ventajas que otorga un Estado de Derecho. La de Amengual no sería sólo una actuación individual, sino que podría postularse como la muestra de la aceptación informal de aquellos hechos por parte de un Estado como el descrito.

Otro aspecto que quisiera tocar se refiere al momento en que llega a nosotros este texto. Como sabemos, luego de un episodio de tensión, las relaciones diplomáticas peruano-chilenas están gozando hoy de muy buena salud, al punto que hemos asistido al convenio para la eliminación del pasaporte al viajar entre ambos países e incluso se ha elaborado un libro hecho por historiadores peruanos y chilenos, que pretende pensar en común la historia común. Más aún, existe un proyecto de escribir la historia de la Guerra del Pacífico. Una historia común no tiene por qué ser una historia totalmente homogénea, quizás no podamos coincidir en todos los puntos, pero conocer lo que piensa el otro, saber de dónde provienen sus convencimientos, tener abierta la posibilidad de expresar los propios, son avances enormes en el camino que tenemos que recorrer para aprender a conocernos. Los momentos de tensión muy probablemente regresarán, y también pasarán, pues desde hace algunos años estamos en el trabajo de lograr una vecindad en paz y mutuamente provechosa.

Por último, este libro de Sergio González Miranda es un magnífico exponente de lo que se ha llamado la historia regional, su identificación con la región, su acendrado regionalismo resultan evidentes, pero también lo es su mirada amplia y hasta donde puede, serena. Es, eso sí, una mirada chilena a historias que son también peruanas, pero no es una mirada soberbia, tampoco de condena implacable, tal vez porque tuvo presente la enseñanza de Bloch, según la cual el historiador no debe convertirse en un juez. Es, en todo caso, una mirada sana que nos invita a afrontar el reto de entendernos mejor.



Armando Patroni. patroni@abctranslations.net

Hace ya 125 años que dejaron de ser políticamente peruanas. Dos de las ciudades más importantes del sur peruano y todas las poblaciones aledañas pertenecientes al departamento de Tarapacá fueron arrebatadas por la fuerza de las armas por un inamistoso vecino ambicioso de riquezas naturales. Pero pensemos bien: ¿sólo territorio? ¿Y qué pasó con la gente que vivía allí?

Luego de siglo y cuarto, un escritor chileno, natural de Iquique, estudioso apasionado de su tierra y de su historia regional (ejemplo no sólo para muchos chilenos sino también para otros historiadores latinoamericanos) nos entrega una obra maravillosa y desafiante, un sacudón de nostalgia que podría sacudir conciencias dormidas si el nuestro fuera un país con memoria, agradecido y justo. Lamentablemente no lo es.

El Dios cautivo – Las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910–1922) se llama el trabajo de Sergio González Miranda, reconocido catedrático de la Universidad Arturo Prat de Iquique, viajero conocedor de nuestro país y sobre todo, quien ha rescatado para la historia del suyo un periodo olvidado y sepultado por la historia oficial: la post Guerra del Pacífico y su repercusión en las poblaciones originarias de Tarapacá que quedaron viviendo en su tierra a pesar de que ésta pasó a ser parte del territorio chileno.

En realidad es algo que me pregunté siempre, desde que terminé mi secundaria en aquel maravilloso colegio tacneño en 1979, año importantísimo por ser el centenario de la guerra y el cincuentenario de la devolución de Tacna, estuve intrigado por la suerte de la gente que vivía en el departamento y se había negado a cambiar de nacionalidad. Unos años antes, luego del terremoto de Lima del 3 de octubre de 1974, mi madre, siguiendo los consejos de mi supersticiosa abuela, nos llevó a ver a la “Señorita Ismenia”, para unas sesiones de “quita susto” que nos ayudarían a sobrellevar el terrible momento. La tal Ismenia resultó siendo iquiqueña, tendría unos 80 años así que había nacido de seguro en el siglo XIX en tierras tarapaqueñas, y obviamente fue víctima de las políticas encubiertas y oficiales de “chilenización” de la zona, y terminó emigrando a Lima a comienzos del siglo XX. Vivía en La Victoria (28 de julio), en un inmenso solar que le daba rentas, y en realidad hablaba con un acento algo notorio. La rodeaba el misterio y los secretos a voces que cubrieron a las familias iquiqueñas que llegaron a Lima, ya que cada una tenía una historia que contar acerca de todo lo que dejaron en el sur.

Ya a finales de los 70 recalamos en Tacna, en una época difícil en la que el Perú estuvo a punto de atacar a Chile al cumplirse el centenario de la guerra. En 1975 la situación de las fuerzas armadas peruanas era inmejorable, y la falencia económica del país del sur hacía aprovechable el momento para recuperar nuestros territorios, contando con el liderazgo de un popular general nacionalista como Velasco. Cosa extraña, cuando la guerra estaba por iniciarse (agosto de 1975), un general de apellido tarapaqueño (su familia es natural de Pica) con profundas raíces en ese departamento, dio un golpe de Estado en Tacna (que coincidencia), luego de una reunión por el aniversario de su reincorporación al Perú. Hoy hace 30 años del golpe de Estado que salvó a Chile de ser derrotado en “cinco minutos” como temía Gustavo Leigh. ¿Tuvo algo que ver el origen tarapaqueño de Morales Bermúdez en su afán de evitar el conflicto? Cuántas especulaciones se pueden hacer, ¿cierto? temor a atacar su tierra natal, a su propia gente, frenando sus naturales impulsos para recuperar su propio territorio, quién sabe.

Porque la realidad nos dice que aún después de 125 años, Arica e Iquique tienen entre sus poblaciones un buen porcentaje de descendientes de peruanos que poblaron esa zona desde hace 400 años. Existen familias cruzadas, con primos a través de la frontera, la artificial frontera delineada por un ferrocarril y exigida como último recurso de salvación por el Presidente chileno Carlos Ibáñez del Campo para salvar su frontera viva. La condición de ciudadanía chilena actual de tales descendientes no los priva de su origen. Entre los que viven en aquellas ciudades tenemos gente importantísima para el sureño país, como por ejemplo Lautaro Núñez Atencio, premio nacional de historia de Chile en 2002, nieto de Higinio Núñez, peruano del valle de Quisma, e hijo de Juan Núñez Vernal, sobrino nieto de Alfonso Ugarte. En el otro extremo también tenemos a Juan Pablo Dávila, de origen ariqueño, autor del millonario desfalco de 120 millones de dólares de la cuprífera estatal Codelco en 1994.

Entre 1910 y 1922, movimientos ultranacionalistas chilenos (llamadas “Ligas Patrióticas”) organizados en las ciudades tarapaqueñas hostilizaban a los peruanos residentes, ayudados por cierta prensa, con el explícito fin de expulsarlos de la zona, al más puro estilo de las limpiezas étnicas practicadas por los nazis y los eslavos. En muchos casos lo lograron, con la venia de las autoridades chilenas de la zona que hacían la vista gorda, encabezadas por su “intendente” (el equivalente chileno del prefecto) Recaredo Amengual. Los nuevos residentes de la zona, trabajadores salitreros en su mayoría, buscaban obtener los mejores puestos de trabajo en las oficinas salitreras inglesas durante el *boom* del nitrato, puestos que en su mayoría estaban ocupados por peruanos, de lo mejor de nuestro país, y que superaban a los chilenos en educación, capacidad de trabajo y honestidad, finalmente lo lograron, expulsando por Iquique hacia el Callao a decenas de miles de peruanos.

Parece increíble, pero en mi opinión, lo mejor del Perú del siglo XIX se había concentrado en Tarapacá. La gente que fue a hacer industria allá, que se mezcló con la gente del lugar, que trabajaban codo a codo empresarios y trabajadores, que no se habían contaminado con el Perú feudal y latifundista, herederos sí de la colonia, pero que ya habían dado al mejor Presidente del Perú (Ramón Castilla) y se preparaban para entregarnos dos más (Remigio Morales Bermúdez y Guillermo Billinghurst), estaban listos para ser una clase dirigente nacional, que podía haber llevado al Perú a la modernidad mucho antes de lo pensado, que tenía contacto con todo el mundo capitalista a través del comercio, que vivía en una ciudad ultracosmopolita, y sobre todo, y lo más importante, con un amor a la patria y un respeto por las tradiciones nacionales que traducido en un nacionalismo bien llevado, llevó a los tacneños, ariqueños, iquiqueños y tarapaqueños en general a luchar con uñas y dientes contra la imposición más salvaje que pueda caer sobre un pueblo: la del cambio de nacionalidad.

Las grandes familias originarias de esa zona más los ricos empresarios del salitre, los Vernal, Zavala, Loayza, Ossio, Marquezado, Fuentes, etc., junto con los apellidos del

pueblo, los Vildoso, Rejas, Mamani, Quispe, Carpio, Luza, etc., los hijos de inmigrantes que tomaron al Perú como su patria, los Neuhaus, Pescetto, MacLean, Lombardi, etc.; todos, todos en general, lucharon contra el invasor mientras hubo esperanzas de regresar a la patria, e inclusive cuando ya no la había, manteniendo sus tradiciones, celebrando el 28 de Julio, brindando con pisco, hablando como peruanos, evocando a su patria y sintiéndose extranjeros en su propia tierra, increíble.

Sin embargo, entre 1910 y 1922, cuando las Ligas Patrióticas expulsaron a un gran número de ellos con la ropa que llevaban puesta, quitándoles casa, propiedades y demás bienes, llegaron al Callao a sentir la hostilidad de su propia patria, a soportar que los llamen “chilenos” y como prologa Lautaro Núñez en el libro de González Miranda: “...40 mil refugiados peruano-tarapaqueños desembarcaron en el Callao al son de bandas musicales para luego ser trasladados a locales abandonados sin más ayuda, apiñados entre el hambre y la pena en lo que después sería la Urbanización Tarapacá”. Emulando lo que siempre ha pasado en el Perú, los tarapaqueños ricos fueron a Lima, continuaron con su vida y fundaron una Sociedad Patriótica, que hasta ahora sobrevive, mientras la gente del pueblo fue a parar a Carmen de la Legua, frente a lo que hoy es la avenida Colonial, fundando también su propia sociedad tarapaqueña, actualmente mucho más representativa y con más tarapaqueños en ella, a vivir entre el pueblo ignorante que los hostilizaba y los culpaba de las desgracias que la guerra trajo a Lima “para defenderlos a ellos”. Pueblo limeño y chalaco ignorante porque ignoraba que durante la guerra los batallones que con más fiereza se batieron en las batallas fueron justamente aquellos que estaban conformados por tarapaqueños, ariqueños y tacneños por la simple razón de que ellos ¡estaban defendiendo su propia tierra!, los principales héroes de las batallas del sur fueron originarios de la zona, que tenían a sus familias viviendo ahí, y que, como en el caso específico de Ramón Zavala y Alfonso Ugarte, tenía un futuro promisorio y lleno de comodidades ya que sus familias inmensamente ricas tenían ya 40 años en el negocio salitrero, civiles que dejaron todo para empuñar el fusil, cuando ya tenían planes de futuro para ellos y sus descendientes en una inhóspita región del sur peruano que habían ayudado a conquistar. Todo regado y destruido por la ambición del vecino, que al no encontrar riqueza en tierra propia tuvo que quitar la ajena por la fuerza.

Esa gente fue la que llegó refugiada luego de las expulsiones, esa gente cuya historia hace que nuestro patriotismo se eleve hasta las nubes, haciéndonos la pregunta del amante no correspondido: ¿vale la pena amar tanto para recibir palos? ¿Tanto querer ser peruanos para que nos traten así en Lima! La mayoría de ellos venía de Iquique, que es un puerto, y como toda gente de puerto, eran de armas tomar, aguerridos, “achorados” como se diría actualmente, indomables, espíritus libres y muy autónomos, de ahí la bronca que causaron a los chilenos en Iquique y seguramente lo mismo a los limeños y chalacos. Un extracto del libro nos cuenta una anécdota de don Santiago Vernal en el Callao, alrededor de 1920: “...el señor Claudio Mamani celebró su cumpleaños e invitó a todos los amigos

tarapaqueños, todos los pampinos tocaban la guitarra, la fiesta terminó como a las 12 y media de la noche. Veníamos caminando cuando en una tiendita había más o menos 10 zambos que comenzaron a gritarnos ‘chilenos desgraciados’. Estos pensaron que los tarapaqueños que caminábamos éramos ciegos, empezamos a pegar puñetes y en un ratito les sacamos la mugre a los zambos estos. Nos gritaban chilenos que vienen a quitarnos el pan, ¡pensaban que nosotros éramos chilenos!; ¡no quisimos ser chilenos!; ¡yo soy peruano y quise ir a mi patria!...”. El leer estos testimonios del libro de González me da esperanzas respecto al país. Si tuvimos a esta gente tan valiosa, tan patriota y sobre todo tan real y tan viva, entonces tenemos esperanzas, entonces vale la pena amar tanto al Perú, entonces sí podemos mirar adelante y pensar que el Perú tiene futuro y que una derrota militar impulsada por políticos limeños idiotas no tiene nada que ver con la fuerza de un pueblo tan valioso que no perdió la autoestima a pesar de la adversidad. Ellos demostraron que tenemos razón en amar al Perú.

¿Y qué debemos hacer ahora? ¿Qué lección aplicamos? Yo pienso que debemos rescatar de la memoria los acontecimientos de esa época, debemos honrar a nuestros héroes civiles tanto o más que a nuestros héroes militares. Honrar a gente como Ezequiel Ossio, líder de la lucha tarapaqueña por la reivindicación de su tierra en 1920, financista y vocero en foros internacionales del sentimiento nacional tarapaqueño, que denunció a los cuatro vientos los abusos cometidos contra los peruanos en Tarapacá. Él llevó a Washington a una delegación de tarapaqueños para mostrarse ante el árbitro de la contienda (Estados Unidos) y pedir la anulación del Tratado de Ancón y la devolución de los territorios ocupados. Tantos eran los problemas en la zona que había corrientes dentro del mismo Chile que, hartos de la monomanía tarapaqueña, empezaron a proponer que los territorios peruanos fueran devueltos a su dueño y Chile se olvidara del tema y siguiera sin problemas el camino al progreso. Lógico, para ese tiempo el salitre ya no tenía ningún valor y Tarapacá era más una carga pesada para Chile que una fuente de riqueza. Nada se pudo hacer y el desierto, ahora sí desierto, siguió en manos chilenas hasta hoy.

Existen dos sociedades tarapaqueñas en Lima, una a media cuadra de la Av. Brasil en Breña, muy elegante y bonita, a la que me invitaron durante la sesión solemne de fiestas patrias de este año. Lamentablemente en ella no sobreviven ni los descendientes de los tarapaqueños. Revisando la lista de socios, el único tarapaqueño original que hay es don Alfredo Chamorro Luza, natural de Pica, con 95 años a cuestas, totalmente lúcido y como buen tarapaqueño, con una joven esposa, natural de Iquitos, de 50 años que parecen menos, viejo feliz, que me contaba todas las anécdotas de su tierra y la añoranza de la misma. Se asombró cuando le mostré el libro de González, en donde aparece su nombre como uno de los fundadores de la Urb. Tarapacá. El resto de socios es de diferentes partes del país, sólo vi en la lista a un par de Vernal, un Aste y paremos de contar de apellidos tarapaqueños. La otra sociedad está en el Callao, en la Urb. Tarapacá, ésta sí más auténtica, llena de descendientes y con sentimientos patrióticos impresionantes. Sergio González los conoce, los ha

ido a visitar varias veces, ha extraído sus testimonios, que plasma en el libro y en general ha socializado con ellos desde su propia perspectiva, en la que deja en un valor secundario la condición de pertenencia de su provincia a una u otra “nación-Estado”, para enfatizar el hecho de que, como dice él, “todos somos simplemente tarapaqueños”.

En mi opinión estas sociedades deberían ser consideradas y legalizadas como “clubes departamentales” o unirse en una sola entidad para tener ese estatus. ¿Por qué no? Tarapacá es un departamento que fue peruano y algunos tarapaqueños y muchísimos de sus descendientes viven en Lima, deberían tener estatus de club departamental, participar en la asociación de clubes departamentales, etc. También debería estrecharse lazos con algunos tarapaqueños descendientes importantes que no tienen actividad en los clubes. Puedo nombrar algunos de los que tienen mayor participación en la vida política e intelectual, como Carlos Neuhaus Rizo-Patrón, ex-alcalde de San Isidro, Juan Ossio, nieto de Ezequiel, quien es un importantísimo antropólogo de la Universidad Católica, Fernando Zavala Lombardi (¡santo Dios!, ¡qué apellidos!) quien es el actual joven ministro de Economía, Francisco Morales-Bermúdez, ex Presidente del Perú, etc.

¿Y Tarapacá? Bueno, la historia no tiene vuelta a atrás, pero podemos hacer algo. Podemos integrarnos, Tarapacá se puede convertir en el punto de partida de la integración de nuestros pueblos a partir de la misma zona que nos convirtió en enemigos irreconciliables. Las raíces peruanas de esa tierra y el hecho de haber levantado las fronteras administrativas entre nuestros países hace que la vida ariqueña e iquiqueña pueda integrarse cada vez más a Tacna y el resto del sur peruano. Arica está a 2.050 kilómetros de Santiago y a 53 kilómetros de Tacna, de la que nunca debió separarse. El comercio de Arica e Iquique con Tacna, mal regulado por parte nuestra y fuente de un inmenso contrabando durante 50 años, ha hecho que estas dos ciudades dependan del Perú para vivir, como siempre lo fue y lo será. Tenemos un muelle en Arica administrado por Enapu.

Hay en realidad tanto por hacer, se me ocurren tantas ideas. El pisco por ejemplo: se otorga denominación de origen “pisco” a los aguardientes producidos hasta los valles de Tacna, ¿por qué no se otorga la misma denominación a los aguardientes producidos en los valles de Tarapacá?; ¿por que ya no son peruanos?; ¿acaso fue culpa de ellos? En Tarapacá se ha producido pisco desde siempre, cuando era peruana y cuando ya no lo era, inclusive algunas leyendas dicen que el Pisco Sour fue inventado por un barman inglés en un hotel de Iquique en 1872, y coincidentemente, al limón peruano utilizado para preparar nuestro famoso cebiche y el pisco sour se llama “limón de Pica” en Tarapacá. Otras ideas: podríamos integrar deportivamente nuestros dos países permitiendo que Deportes Arica participe en el campeonato de fútbol nacional. No es idea mía: ¡es idea de ellos! Los dirigentes del club hicieron la propuesta hace unos meses cuando las cabezas del fútbol chileno se confabularon para hacer que el equipo descienda a tercera división, amenazaron con desafiliarse de la federación, y económicamente era más rentable jugar en el Perú que recorrer enormes

distancias en Chile. Nuestros miopes dirigentes peloteros, sin absoluta visión geopolítica, reaccionaron “desconcertados”, en fin.

Para finalizar, quiero recomendar encarecidamente la lectura y difusión del libro de Sergio González en nuestro país. Su pensamiento integracionista y pacifista se pone de manifiesto en esta obra en la que rinde el homenaje a nuestro pueblo tarapaqueño que nosotros mismos le negamos en su momento, aunque ahora tampoco es demasiado tarde. También quiero saludar en esta fecha a esa heroica tierra tacneña, la única de las tres provincias que logró su objetivo de regresar al Perú luego de 49 años de ocupación, aunque con el dolor terrible de la pérdida de las irredentas provincias que hoy conforman la Primera Región de Chile.

